

HLP:

una cristiana en la política

• entrevista

• "Vida Nueva"

• jornalista: Antônio

13 Junho 81



MARIA DE LOURDES PINTASILGO

PRIMEIRA MINISTRA

Fundação Cuidar o Futuro

vida nueva

Número 1.282
13 de
junio
de 1981
65 pesetas



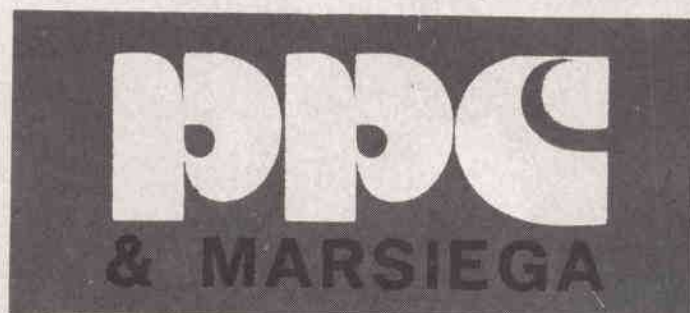
Fundação Cuidar o Futuro

MARIA DE LOURDES PINTASILGO

una cristiana en la política

EDICIONES ESCOLARES

CURSO 81/82



INFORMACION PARA EL PROFESORADO

AVANCE DEL CATALOGO

NOVEDAD

Programación católica según los nuevos cuestionarios.

- **Para Preescolar:**
RELIGION BASICA/Preescolar
- **Para el Ciclo Inicial:**
1.º de EGB: «RELIGION BASICA/1»
2.º de EGB: «RELIGION BASICA/2»

Cada título consta de: «Libro del Alumno» y «Guía del Profesor».

PREESCOLAR

- Educación General / 1.º y 2.º
 - Iniciando en la fe
- Lectura y escritura**

EDUCACION GENERAL BASICA (EGB)

Formación religiosa:

- Serie: CATEQUESIS BASICA / 3.º, 4.º y 5.º
- Serie: TIEMPO DE CRECER / 6.º, 7.º y 8.º

Catequesis de la comunidad cristiana

- Antes de la 1.ª Comunión
- Para la 1.ª Comunión
- Después de la 1.ª Comunión

Formación social:

Textos MARSIEGA para 6.º, 7.º y 8.º
Serie: EDUCACION ETICA Y CIVICA
Certificado de estudios y graduado escolar

BUP

Serie: JESUCRISTO VIVE
Serie: RELIGION Y HUMANISMO

FORMACION PROFESIONAL

Serie: CRISTIANOS HOY

COU

Seminario de Religión

FORMACION FILOSOFICA

Obras del profesor Aróstegui para la enseñanza de la Filosofía.



DISTRIBUIDORA
TEXTOS **PPC**

E. JARDIEL PONCELA, 4. TELEF. 259 23 00
DIR. TELEGRAFICA: «PEPECE». MADRID-16

María de Lourdes Pintasilgo

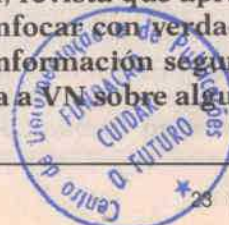
UNA CRISTIANA EN LA POLITICA

Por Antonio J. CADAVEZ (desde Lisboa)

María de Lourdes Pintasilgo, ingeniera, militante de la Juventud Universitaria Católica, del Movimiento Internacional de Mujeres de GRAAL, antigua presidenta de Pax Romana, atenta al estudio de la Teología desde muy joven, ministra de Asuntos Sociales en un Gobierno Provisional después de la Revolución del 25 de abril, embajadora en la UNESCO, Primera ministra del V Gobierno Constitucional... ha cometido un gran «pecado» para la derecha política y religiosa portuguesa: se desmarcó del nacional-catolicismo. El odio contra esta militante católica demostró que nuestro substrato portugués está muy viciado de intransigencia inquisitorial. Su afirmación de católica, fuera del ámbito de Alianza Democrática, ha servido para demostrar que el catolicismo no es propiedad exclusiva de la derecha política. Por eso no la han perdonado y la calumniaron. Calumnias que varios centenares de firmas de militantes católicos denunciaron y repudiaron a su debido tiempo, en una sesión pública, en La Voz do Operário, en Lisboa.



María de Lourdes Pintasilgo concedió esta entrevista a VIDA NUEVA, revista que aprecia mucho y que, en otros tiempos, cuando estaba prohibido en Portugal enfocar con verdad la realidad social y religiosa portuguesa, sirvió a nuestros cristianos de información segura y seria. Como el lector podrá ver, esta mujer espontánea e inteligente habla a VN sobre algunos de los problemas más importantes de nuestra Iglesia.



VN.—¿Quién es la militante católica María de Lourdes Pintasilgo?

MLP.—Desde mi juventud, muy especialmente en el tiempo de la Universidad tomé parte muy activa en la vida de la Iglesia, y por eso tuve la suerte de ver realizado en Portugal, en 1953, el primero y único Congreso de los estudiantes universitarios sobre el tema «El pensamiento católico y la Universidad».

Trabajé en su preparación, juntamente con el **Dr. Adérito Sedas Nunes**, que fue ministro de Educación y Ciencia en mi Gobierno. Y juntos presidimos el Congreso a nivel nacional. Este significó para mí un compromiso en términos de Iglesia, como ocasión de reflexionar en profundidad sobre la institución universitaria. (Estábamos en la época de Pío XII, que había seguido de cerca lo que entonces se llamaba el apostolado universitario).

Más tarde, y aunque ligada a la juventud universitaria católica, pude confrontar nuestra experiencia de universitarios portugueses con estudiantes de otros países por medio del movimiento internacional de universitarios católicos, **Pax Romana**, del que fui elegida presidenta internacional en 1956 y estuve hasta 1958. A lo largo de este tiempo, y dentro de estos contactos, encontré un movimiento —el **GRAAL**, (Movimiento Internacional de Mujeres Cristianas)— donde continúe mi tarea de profundizar en la teología y en la acción concreta, de cara a la transformación social a la luz de la fe.

VN.—Ya que habló del GRAAL, ¿podría explicar su misión y finalidad específicas?

MLP.—La adhesión al GRAAL derivó de mi deseo de comprometerme en un grupo que garantizase la participación específica de las mujeres que intervienen en la sociedad y en la Iglesia. Este movimiento nació en los años 20 (cuando nació la JOC y Pax Romana) por un esfuerzo de un grupo de estudiantes católicos de la Universidad Católica de Nimega



● Primera ministra del V Gobierno Constitucional.

(Holanda). Su objetivo era la consolidación de los esfuerzos y el estímulo de todas las mujeres cristianas para la realización de su misión en la misma sociedad y una presencia de las mujeres en la Iglesia. En ese momento me interesé por el GRAAL y por sus características muy claras de grupo de mujeres y porque en ellos se vivía una renovación del culto cristiano, en especial la liturgia, mucho antes que el Vaticano II. Desde el canto hasta la utilización de los símbolos, que me parecen elementos fundamentales en un culto cristiano, excesivamente dominado por la racionalidad. Y también porque es un movimiento internacional como la federación de grupos nacionales, pero sí como en-

cuentro de las personas de diferentes países y culturas, sin ninguna delegación de poderes o representatividad. Esto me parece hoy de una riqueza enorme, anulando las fronteras y pudiendo ganar mucho en términos humanos y sociales con este cambio. Finalmente, el GRAAL me interesó porque se trata de un movimiento que no tiene una acción preferencial en uno u otro campo. Como parte de nuestra realidad de vida, de aquello que las mujeres realmente son, se dedica en cada hogar, a partir de la personalidad de cada una, una estrategia común.

VN.—Ha hablado de los estudiantes y la universidad católica. ¿Po-



demos hablar de nuestra Universidad católica? ¿Cree usted que responde a la misión esencial para la que fue creada?

MLP.—No puedo hacer un análisis a fondo de nuestra Universidad católica. No me siento preparada. No niego que pertenezco a una generación, la del Congreso de 1953, que clamó, pidió, insistió y estudió lo que sería la Universidad católica. En esa misma ocasión se presentaba como una necesidad de la sociedad portuguesa.

Yo veo esta Universidad, hoy, en teoría, como un hogar donde se puede realizar, de una manera preferencial y sin constricciones ajenas, la pluri-disciplinariedad, la inter-escolaridad, que son aspiraciones del pensamiento contemporáneo y donde se puede abrir cada dominio del conocimiento a una dimensión trascendental, sin la cual no me parece que el hombre pueda caminar en profundidad.

Si la Universidad católica portuguesa correspondiera a este objetivo (y es natural que en sus mismos objetivos profundos responda), tendría que plantear algunos interro-

gantes fundamentales: ¿Qué tipo de cursos tiene, qué contenido y orientación, se da preferencia en el currículum a lo intersectorial? Estas cuestiones nos permiten preguntarnos si la universidad es de hecho un



laboratorio de un pensamiento cristiano en su dimensión profundamente encarnada.

VN.—¿Le gustaría hacer un rápido diagnóstico de la vida de la Iglesia portuguesa en los últimos decenios?

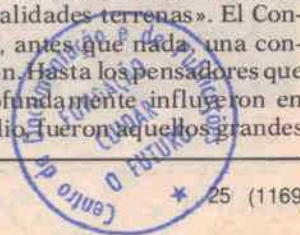
MLP.—Lo que pueda decir es fruto de mi experiencia y puede te-

ner aspectos subjetivos, porque nunca estudié en términos globales y de una forma histórica seria a la Iglesia portuguesa. Sólo puedo hablar como cristiana comprometida, cómo he vivido y entendido la realidad de la Iglesia portuguesa.

En la década de los 50, la Iglesia católica tuvo para mí una importancia decisiva por cuanto fue una época en la que los cristianos fueron lanzados a la lucha de todos los días, para el combate del que habla San Pablo. Recuerdo que en este Congreso sobre la Universidad, el cardenal Patriarca **D. Manuel Cerejeira**, insistió en que la Iglesia éramos nosotros los laicos. En aquella ocasión esto era de alguna manera una novedad. Esta fue la década en que millares de laicos comprometidos, sobre todo en los movimientos de Acción Católica, tomaron conciencia de manera clara de su compromiso hacia la Iglesia....

Con la década de los 60 comenzó un declinar de estos movimientos. Al mismo tiempo nació otro tipo de movimiento, de cuño marcadamente evangelizador: Movimiento para un Mundo mejor, cursillos de cristiandad, etc., que llegaron a mucha gente sin práctica religiosa, o solamente con una práctica muy periférica. Estos movimientos tuvieron el mérito de atraer en grandes masas al entusiasmo por la fe. De todos modos, tuvieron una gran dificultad en pasar a la etapa del catecumenado, de formación en la fe de sus miembros y seguidores. En el GRAAL estuvimos comprometidos en la formación de algunos grupos de personas que frecuentaron Cursillos de cristiandad y hemos podido constatar esa dificultad en muchas ocasiones.

Por encima de todo, los años 60 fueron marcados por el Concilio Vaticano II. Con él se da una gran transformación en la Iglesia. Para quien como yo estuvimos comprometidos en la renovación litúrgica, en el movimiento bíblico, en la profundización de la llamada «teología de las realidades terrenas». El Concilio fue, antes que nada, una confirmación. Hasta los pensadores que más profundamente influyeron en el Concilio fueron aquellos grandes



teólogos que han formado a los cristianos más profundamente comprometidos de mi generación.

Para la Iglesia portuguesa en su conjunto, el Concilio fue una sacudida muy violenta. El período posconciliar representó una discontinuidad en relación al período conciliar por el hecho mismo de que muchos curas pusieron en cuestión su vínculo sacerdotal, lo que provocó un éxodo muy grande, el más grande de toda Europa.

Cuando se habla en estos decenios de la vida de la Iglesia, es habitual hablar de su silencio ante los aspectos políticos de la sociedad portuguesa. Creo que ese silencio no ha sido total como se pretende hacer creer. Al animar el compromiso de los laicos en las tareas seculares, la Iglesia creaba de hecho condiciones para las cuales ellos, en su esfera misma, dieran un testimonio claro e inequívoco del Evangelio.

Es cierto que como cuerpo organizado y unido, los obispos, no se han manifestado sobre uno u otro aspecto de la sociedad portuguesa y en particular sobre el gran drama de la misma sociedad portuguesa de ese tiempo: la guerra colonial. Además, lo que los obispos ignoraban seguramente es que la libertad de reunión y de asociación existente en el interior de la Iglesia permitió a muchos cristianos una concienciación progresiva sobre la realidad portuguesa y los llevó a compromi-

tos cada vez más amplios en la lucha de resistencia al régimen.

A lo largo de los años 70 se asistió por un lado a una aparición de pequeños grupos y comunidades cristianas y, por otro lado, al florecer de una cierta religiosidad popular, con peregrinaciones y manifestaciones, que eran signos del cierre de la Iglesia sobre ella misma y de su incapacidad de hacer frente a los problemas sociales.

VN.—¿María de Lourdes Pintasilgo es una contestataria?

MLP.—Creo que hay en la Iglesia un lugar para la actividad crítica de la inteligencia y para la contestación-convicción. Aquí, más que en cualquier otro aspecto de la vida humana, importa no confundir ni el objeto de la contestación ni la manera de ejercerla, en un caso y otro.

La contestación-actitud crítica de la inteligencia es indispensable a la misma vitalidad de la Iglesia, y su inserción en la historia de los hombres. En nombre de esa actitud crítica, se repiensa, se reformula el dogma, se describe la fe en términos nuevos, se establecen criterios actuales para una actividad pastoral. Gran parte del Vaticano II no fue sólo fruto de esa actividad crítica, sino que fue un ejemplo también del

modo de realizar esa actividad colegialmente.

Pero ¿en qué consiste esa contestación global? Si se hace en nombre de una experiencia vivida, se puede decir que la contestación global de la Iglesia nace de la situación-experiencia-del-Evangelio. Se trata, entonces, de una actitud de hombres profundamente comprometidos en una forma de vida evangélica y que en nombre de un impulso interior, que viene de esa vida, pueden interpelar el sentido evangélico de las acciones de otros o de la Iglesia como comunidad.

Para mí la Iglesia es el gran pecho donde se nutre o crece la fe. No me parece que sea la contestación de la institución Iglesia el aspecto principal de mi contribución para la renovación de la Iglesia. En la historia de la Iglesia verificamos que hubo siempre dificultades institucionales. Y al mismo tiempo vemos que jamás dejó de haber formas de anunciar el Evangelio sin quebrar el vínculo fundamental con la institución.

Lo importante es que todos los cristianos «construyan» la Iglesia, en el sentido de generarla cada día, hacerla posible. Y esto exige mucho en términos de fe, de inteligencia y de oración y acción concretas. Sin minimizar el esfuerzo de aquellos que piensan renovar la institución por dentro. Esto es suficiente para ocupar una vida entera...



En un Curso Internacional de PAX CHRISTI.



Presidenta de PAX ROMANA.



● **Presidenta de la Conferencia Mundial sobre la Década de la Mujer.**

VN.—¿Le puedo preguntar si mantiene relaciones de buena amistad con el cardenal de Lisboa?

MLP.—Sin duda. Considero que el puesto del señor **cardenal Ribeiro** es muy difícil por el papel tradicional atribuido al cardenal patriarca de Lisboa en la Iglesia portuguesa, incluso sin ser presidente de la Conferencia Episcopal. En los últimos años, ese lugar ha sido muy particularmente penoso, dada la concentración de la sociedad portuguesa en la esfera claramente política. Esto dificulta más la presencia de los obispos en la sociedad, porque cualquier intervención viene directamente marcada por una señal positiva o negativa dentro de ese código muy estrecho.

Tengo con el cardenal **Antonio Ribeiro** las mejores relaciones porque estuvimos juntos en muchas actividades de la Acción Católica y otros grupos a nivel internacional. Reconozco que tiene en la vida eclesial portuguesa un papel de equili-

brio, de no compromiso, de llamada a todo aquello que en cada momento es el pensamiento y la vivencia de la Iglesia universal.

VN.—¿Es partidaria del sacerdocio de las mujeres?

MLP.—No tengo sobre esto una postura muy clara. Para mí, la ordenación de las mujeres no es necesariamente importante. Si las mujeres en este momento fueran ordenadas les sucedería lo que sucede en casi todos los sectores de la vida secular, donde acaban por hacer, exactamente todas las cosas como las hacen los hombres, sin introducir nada nuevo. Lo que es importante para nosotros es la transformación del mismo sacerdocio. Nos interesa que la entrada de las mujeres sea, de alguna manera, «subversiva» en relación a los modelos tradicionales en cuanto a su forma y su estatuto. Esto no ha sucedido en las otras Iglesias cristianas. Adverti-

mos que las mujeres tienen, dentro de la estructura eclesial, el mismo tipo de dificultades que las mujeres encuentran en las estructuras temporales. Para mí lo más importante es el reconocimiento de la mujer en donde esté, y el reconocimiento de que las mujeres, en su inmensa mayoría, «forman» la Iglesia. Más de la mitad de la Iglesia está constituida por mujeres. Las encontramos en la vanguardia de todo lo que es dedicación, servicio, generosidad, trabajo escondido, actividad misionera de la Iglesia.

Y al final se quedan invisibles en todas las estructuras de pensamiento, reflexión, y decisión. La gran ironía de los últimos tiempos fue el nombramiento de 15 teólogos para la Comisión Teológica romana, y sin una única mujer, a pesar de haber tantas mujeres teólogas.

Mi experiencia me dice que solamente vale la pena a las mujeres entrar en los sectores que son tradicionalmente masculinos cuando tengan detrás de sí mismas otras mujeres capaces de transformar, a todos los niveles, la misma estructura. Me parece fundamental que repensemos lo que es el Pueblo de Dios, para que podamos decir lo que es el sacerdocio.

VN.—En el prólogo de su libro «Sulcos do Nosso Querer Comum», el Prof. Eduardo Lourenço escribía: «Tal como sucedió, el «proceso» de la derecha, que en todas sus variantes instauró a María de Lourdes Pintasilgo, solamente era posible dentro de la Europa cristiana, en Portugal». ¿Desea comentar esta afirmación?

MLP.—En Portugal no nos hemos liberado de 200 años de Inquisición. Vivimos, seamos cristianos o no, una intolerancia muy grande, hasta tal punto que hace unas semanas, hablando con un alto responsable de la Iglesia en Portugal, le pregunté por qué me censuraba. Finalmente me confesó que lo que me censuraba era que yo había dicho que era cristiana, y que había hablado de mi fe cristiana.

Si se dice algo nuevo, de forma diferente a la habitual, siempre hay

alguien que quiere condenarte. Pienso que estamos sufriendo también la consecuencia de no haber pasado las luchas de la Reforma, y el gran trabajo de diálogo ecuménico que ha caracterizado en este siglo a las Iglesias cristianas. No sabemos lo que es eso, lo que es dar un paso y retroceder enseguida, intentando encontrar el consenso sin ofender al otro, en una actitud de tolerancia y perdón.

No hay duda que tuvimos que cerrar los ojos a la complacencia de la Iglesia institucional con respecto a las dificultades del régimen anterior al 25 de abril. Hubo un periodo de expectativa al seguir la revolución y después encontramos a una gran parte de la Iglesia que defendía la paz, el mantenimiento de lo adquirido, una actitud conservadora que mezcla el plano de la fe y el plano de las contingencias políticas. Pienso que solamente podría suceder en Portugal, porque entre nosotros, la formación cristiana de base es muy frágil. A pesar de que la Iglesia ha tenido en sus manos, a lo largo de 30 años, la oportunidad impresionante de formación cristiana de la juventud de las escuelas secundarias, esa oportunidad fue desaprovechada. Tal vez porque en muchos casos se entregó a curas sin preparación que buscaban trabajo, o a algunas señoras piadosas que por no tener otra ocupación enseñaban Moral...

VN.—Si la Iglesia tiene algo que decir sobre las realidades terrenas, ¿concuerdas o no con la Nota Pastoral de la Permanente sobre la revisión de la Constitución?

MLP.—Cuando hablo de Iglesia me refiero a la Iglesia en su conjunto y no solamente al grupo de los obispos, a un Sínodo, o incluso hasta un Concilio. La Iglesia tiene una palabra que decir sobre las realidades terrenas, no desde fuera, sino desde dentro de estas mismas realidades. Ella no se puede considerar totalmente exterior al mundo, ni tampoco es el juicio de este mundo.

Por eso, cuando me pregunta si concuerdo con la Pastoral de los



● Embajadora de Portugal en la UNESCO.

obispos, me resulta difícil comprender la oportunidad de tal documento. Me parece que sería más provechoso que los obispos en este momento de Portugal, se preocupasen primero del drama real que supone la ausencia de un sentido de la vida, el procurar un espacio de vivencia de la fe, la búsqueda de una sociedad más justa, más fraterna, dialogante e independiente de las otras sociedades y de los poderes ajenos, con la búsqueda religiosa de muchos hombres que no han pisado ni una vez la Iglesia. Esa debería ser la gran preocupación de nuestros obispos.

VN.—A un periodista que la comparó con Juan Pablo II, usted le contestó que le gustaba mucho esta comparación. ¿Sigue pensando así?

MLP.—(Riéndose mucho). Su pregunta es muy sutil. Tengo la misma opinión en la medida en que existen en Juan Pablo II dos características que, desde el punto de vista humano y cristiano, me tocan profundamente. Por un lado la intensidad de lo humano. Hay en Juan Pablo II una presencia de cada persona y de cada situación que hace tangible el cristianismo en lo que tiene de más próximo a nosotros. Por otro lado, existe en la actividad de Juan

Pablo II un cuño misionero y evangélico, que es como una parábola de lo que la Iglesia debiera ser: evangelizadora hasta el fin del mundo. Y en este «ir hasta el fin del mundo» también me identifico con Juan Pablo II.

Evidentemente no puedo tener una actitud ingenua ante la diversidad de registros y complejidad del Papa, en el que es fácil detectar diferentes tónicas según las situaciones y circunstancias. Veo en esta complejidad una cierta fragmentación. Me preocupa particularmente el tipo de reflexión que el Papa viene haciendo, relativa a la situación de las mujeres en la sociedad y en la Iglesia. Pienso que eso surge de una experiencia específica, comprensible, pero muy lejana a algo universal. En un libro que editaron en Francia con conferencias mías, pongo abiertamente la cuestión: ¿Y si al final del siglo, tal como sucedió con la clase obrera, las mujeres abandonan la Iglesia? No se trata de una preocupación teórica. El número de mujeres que frecuentan las Iglesias está disminuyendo visiblemente y el grupo de edades entre 20 y 30 años está prácticamente ausente. ¿Cómo hacer frente a este éxodo? En este sentido, la línea de Juan Pablo II no deja de suscitar preocupación.

VN.—¿Si tuviera que escoger a uno de los cuatro últimos Papas, con quién se quedaría?

MLP.—Está usted pensando que ciertamente yo diría que Juan XXIII. No. Siendo sincera, me quedaría con Pablo VI. Veo en este pontífice el drama del intelectual con responsabilidades pastorales. A causa de su formación cultural y teológica profundas, Pablo VI notaba la complejidad de todos los problemas sobre los cuales tenía que tomar decisiones. Tengo una gran simpatía por su pontificado, porque en él se vivió el gran drama de una Iglesia que parecía disgregarse. En cuanto al Papa Juan XXIII, vivió la primavera de la Iglesia, y Pablo VI vivió un periodo de transformación dolorosa en una actitud de constante esperanza. ■

«Se llenaron todos de Espíritu Santo» La renovación carismática católica

El Espíritu Santo no deja de renovar a su Iglesia continuamente. Es como una fuente que en medio de la Iglesia y del mundo está manando continuamente agua limpia y renovadora. Ese agua después se hace arroyo y al correr se va mezclando con las impurezas de la tierra. Es también como un fuego. El Espíritu enciende continuamente por los rincones de su Iglesia fuegos purificadores. Después los hombres como bomberos vamos apagando esos fuegos. Pero el Espíritu no cede y, gracias a eso, la Iglesia sigue existiendo y siendo fiel. Si por nosotros fuera, ya hace tiempo que incluso al querer salvarla la hubiéramos destruido. El correr de los tiempos transforma toda obra humana en una cáscara sin contenido.

Vivimos actualmente una época en que el soplo del Espíritu se hace sentir de forma especialísima. El Concilio fue una obra maestra de renovación. Y tan del Espíritu que sus protagonistas, los obispos, no se enteraron hasta después del alcance de lo que habían hecho. El Concilio fue la suma de conocimientos, sabiduría y amor de los obispos del mundo, más un plus incontrolable de fuerza, valentía y golpe de timón en dirección al Reino de Dios obra del Espíritu.

El Concilio parte del hecho de que la Iglesia es luz, sal y fermento del mundo. No se trata de que ella sea toda la sopa sino la sal. Pero sal de verdad, no arena que hace intragable la sopa. Y para ser sal se necesita una continua conversión, un continuo estar atentos a la voz del Señor que nos habla de muchas maneras, incluso a través de los acontecimientos o signos de los tiempos.

TODA LA IGLESIA ES CARISMÁTICA

Uno de los grandes fuegos encendidos por el Espíritu en la Iglesia de hoy es la Renovación carismática. Empezamos diciendo que no es muy feliz el nombre y, sobre todo, el apéndice de carismática. Esto pone en

guardia a la gente, y quien más quien menos saca del fondo de su teología un principio olvidado y no practicado que dice: toda la Iglesia es carismática. Y tienen razón. Pero no se trata de discutir más, que ya se ha discutido mucho en la Iglesia. Se trata de ser de verdad todos carismáticos.

Una de las cosas curiosas de la Renovación carismática es que no es un movimiento al lado de otros. ¿Por qué? Sencillamente porque todos los movimientos pueden y deben ser carismáticos. Carismáticos pueden ser los franciscanos, los neocatecumenales, un matrimonio, y hasta un equipo cristiano de fútbol si hace oración debe ser carismático. Esto nos pone en la pista de que la Renovación carismática conecta con algo que es frontal e imprescindible en la vida cristiana, es decir, con la actuación del Espíritu Santo en la Iglesia. Otros movimientos destacan aspectos fundamentales de la vida cristiana, pero no fontales, como pueden ser la vivencia del amor, de la comunidad, de determinados tipos de compromiso, o aspectos catequéticos y catecumenales.

En la Renovación carismática se

intenta restituir al Espíritu Santo, a nivel de praxis, el protagonismo que tuvo en los primeros momentos de la Iglesia. Por el poder y la luz del Espíritu los primeros cristianos descubrieron a Jesús resucitado como Señor y Salvador. El mismo Espíritu hacía presente a Jesús en medio de las asambleas cristianas, con una presencia más viva y actuante que cuando vivía en carne mortal. El fue, en fin, el que formó la primera comunidad cristiana dotándola de todos los dones y carismas.

DE LA TEOLOGÍA A LA EXPERIENCIA DEL ESPÍRITU

Tenemos que aclarar un dato no muy clarificado en la mente de muchos cristianos, y es que lo original de la ley nueva, de la nueva alianza, del cristianismo no es el amor como suele decirse. El amor es una realidad tan humana y central que de una forma o de otra la predicamos todas las religiones. Ya estaba también perfectamente formulada en el Antiguo Testamento. Ni siquiera el radicalismo evangélico del amor a los enemigos hace del cristianismo algo del todo original. Esto también lo han enseñado otros maestros. La esencia de la Ley nueva, como dice Santo Tomás en la Suma Teológica, es la gracia del Espíritu Santo.

Esto quiere decir lo siguiente. El Evangelio es imposible de cumplir. No es posible a las fuerzas humanas amar de una manera permanente a los antipáticos y enemigos, dar una túnica cuando se tienen sólo dos, formar comunidad con desconocidos y mucho menos dar la vida día a



7.000 carismáticos en Lyon.



Asamblea nacional de los carismáticos españoles.





Madrid-Alcobendas:
Setenta sacerdotes concelebran ante miles de carismáticos (Asamblea Nacional 1977).

día por los demás. Lo original en el cristianismo es el poder hacer esto. Poder amar al hermano no por truco sino porque lo sientes. Este poder sólo viene de la gracia del Espíritu Santo. De ahí que sea absolutamente necesario apelar a la gracia, acogerla como un don y hacer del Espíritu el protagonista de toda renovación, incluso en los compromisos más revolucionarios como es el de la lucha por la justicia en el mundo.

Toda esta teología se trata de hacerla vida en la Renovación carismática, pero entendiendo bien que no es la teología la que da vida, sino que de la experiencia y la vida sale la teología. Por eso, estos grupos han nacido en un primer momento como grupos de oración. En ellos la presencia del Espíritu experimentada sorprendentemente en la oración y en la comunidad se hace básica. Y no es un hecho provocado y por tanto manipulado y psicológico, sino acogido. Es un un hecho que sorprende siempre y es acogido, no sólo como un don, sino con un gozo enorme y con una respuesta espontánea que es la alabanza. De ahí nace el aspecto festivo y jubiloso que tienen siempre los cantos y reuniones carismáticas.

Es fundamental, pues, en estos grupos la experiencia o toma de conciencia subjetiva de la actuación del Espíritu en nosotros. Este hecho se suele ligar —aunque no necesariamente— con una oración especial de intercesión realizada por la comunidad que se llama «bautismo en el Espíritu» o «efusión del Espíritu». No está aún bien aquilatada la terminología. El testimonio de millones de personas actualmente en el mundo dan fe de la eficacia, objetividad y realidad de esta experiencia. Todo ello nos obliga a revisar algunos conceptos de cierta teología espiritual tradicional que hace demasiado hincapié en la vía purgativa para la recepción de los dones del Espíritu Santo. La experiencia carismática está demostrando que el Espíritu se derrama sobre gente siempre sencilla, pero impreparada, sin ningún ejercicio de virtudes, salida directamente de la droga, el robo o la prostitución.

JESUS ACONTECE A DIARIO

Las consecuencias que se derivan de esta experiencia son impresionantes tanto a nivel comunitario como personal. En primer lugar está la sensación de creerte en una comunidad semejante a las descritas en los Hechos de los Apóstoles. Es lógico, pues se entra en una dinámica muy parecida a la que provocó la primera experiencia cristiana, la de Pentecostés. La fuerza de la presencia de Jesús vivo y resucitado se hace palpable y en vez de resonar la famosa frase de algunas teologías —«Dios ha muerto»—, lo que se vive y se proclama es que **Jesús vive** y no sólo eso sino que nos ama y sigue actuando por el poder de su Espíritu. **Jesús es acontecimiento diario** y la historia se hace de salvación. Esta gran experiencia para muchos, cristianos de toda la vida, es nueva y tiene sabor de amanecer. No digamos para los que llegan a ella desde el ateísmo, la droga y el desamor.

Otra consecuencia sorprendente es la de la propia comunidad. Vivimos en una época en que la necesidad de los demás y la superación del individualismo se hace visible a todo nivel. Pues bien la **vivencia de comunidad** que crea la experiencia del Espíritu es excepcional. Uno conecta con los demás a un nivel de fe viva que da el más hondo sentido a la existencia. La comunicación y el compartir este hecho nos descubre la raíz más profunda de cualquier amistad y fraternidad. Desde esta plataforma se hace posible y hasta fácil compartirlo todo, hasta los bienes económicos. De hecho las comunidades y los individuos se expresan inmediatamente en toda clase de compromisos evangélicos. De esta forma se descubre de una manera viva lo que es la Iglesia y su función sacramental de salvación en relación con el mundo. No es extraño así, que Pablo VI hablara de la Renovación carismática como de una oportunidad para la Iglesia.

En la misma línea se da un dato sorprendente y no corriente en nuestro mundo de hoy y es la superación de las tensiones y luchas generacionales. Esto se debe a que se parte de una experiencia que es la

misma en un chico de 16 años que en una señora de 60. Las tensiones generacionales se dan siempre a nivel de ideologías y estructuras que suelen percibirse como refugio para unos y opresión para los otros.

Otra de las grandes contribuciones que estos grupos pueden realizar en la Iglesia es la superación de lo que podríamos llamar moralismo... Moralismo llamo a predicar y hacer las cosas que manda el Evangelio sin una experiencia interior, sin fe adulta, sin ser movidos por el Espíritu de Jesucristo. El moralismo es una religión de fachada, de estructura. Se expresa en la ley, en la multiplicación de los preceptos, en actitudes rígidas y vacías, es siempre opresora y es siempre rechazada por la juventud cuando ésta es libre. Es amante del orden establecido y cae siempre en la tentación del puro comportamiento y en definitiva de la política.

PRESENCIA DEL ESPÍRITU: DONES Y CARISMAS

Con una presencia del Espíritu como la que hemos descrito, se revalorizan en la comunidad cristiana una serie de dones y carismas, ahora un tanto en penumbra.

El primero de ellos es la fe. Fe no es creer en un Jesucristo abstracto o ideal, sino en un Jesucristo vivo y resucitado que actúa en mí y puede cambiar mi vida y mi historia y la del mundo. No es un fantasma o mito, sino una realidad. Si dices que crees en Cristo, pero no crees que cambiará tu vida lujuriosa, es que no crees. Este Cristo por su Espíritu edifica la comunidad. Primero a través de su Palabra que la tenemos en la Escritura, pero también a través de las palabras de los hermanos entre las que ocupa lugar importante la profecía. En la asamblea Dios habla a través de los profetas. Esto nos suena a cuento chino, pero el Espíritu actúa así. Otro carisma revalorizado y del que se tiene una experiencia amplia y maravillosa es el de **curaciones**. Sobre todo, curación interior de traumas, recuerdos, bloqueos, resentimientos, etc. La alabanza y el crecimiento interior no se pueden dar sin haber superado estos obstáculos. Por eso, el Señor actúa fuerte aquí. Las curaciones físicas no siempre son necesarias para vivir los designios del Señor, aunque a veces también. Otros carismas revalorizados son los de **oración** como la **alabanza**, **aclamación** y **lenguas**. Finalmente los carismas de **servicio** que van desde cualquier ministerio dentro de la propia comunidad hasta la entrega a los más desvalidos de la tierra.

Chus VILLARROEL, O.P.
Madrid-Alcobendas